LA DEVOCION A MARIA

por

Antonio Royo Marín, O. P.

Agradecemos al autor de esta obra y a la BAC que nos hayan autorizado gratuitamente la edición de este libro que ha sido sacado de la obra «LA VIRGEN MARIA» de dicha editorial. Recomendamos encarecidamente la lectura de la mencionada obra completa.

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44 - 41003 SEVILLA

D.L. GR-1.118-95
ISBN:84-7770-129-6

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)

INTRODUCCION

Después de haber estudiado los grandes dogmas y títulos marianos, así como la ejemplaridad de María por sus virtudes admirables, llevadas a su último desarrollo y perfección por la acción desbordante de los dones del Espíritu Santo en su corazón inmaculado, vamos a examinar ahora cuál debe ser la actitud fundamental que hemos de adoptar nosotros con relación a Ella. Puede sintetizarse en una sola palabra: *devoción*. Pero devoción auténtica, verdadera, intensísima, depurada de toda desviación supersticiosa o excesivamente sentimental; una devoción perfectamente teológica, en su doble vertiente afectiva y efectiva.

Dividiremos esta parte de nuestra obra —la más importante desde el punto de vista práctico— en los siguientes capítulos:

1.° La devoción en general.
2.° Naturaleza de la devoción a María.
3.° Necesidad de la misma.
4.° La perfecta consagración a María.
5.° La devoción a María, señal de predestinación.

CAPÍTULO I

LA DEVOCION EN GENERAL

Para comprender el verdadero sentido y alcance de la devoción a María es conveniente tener ideas claras sobre el concepto mismo de la devoción en general. Expondremos su *naturaleza,* sus *relaciones con la perfección cristiana* y los principales *medios* para adquirir, conservar y desarrollar la devoción.

1. Naturaleza

En sentido teológico estricto, la devoción consiste en una *voluntad pronta para entregarse con fervor a las cosas que pertenecen al servicio de Dios.* Son, pues, devotos los que se entregan o consagran por entero a Dios y le permanecen totalmente sumisos. Su nota típica y esencial es la *prontitud de la voluntad,* dispuesta siempre a entregarse al servicio de Dios. Los verdaderos devotos están siempre disponibles para todo cuanto se refiera al culto o servicio de Dios.[1]

1. Cf. II-II 82,1.

La devoción es un *acto de la virtud de la religión,* aunque proviene también de la virtud de la caridad. Si se intenta con ello la *unión amorosa con Dios,* es un acto de caridad; si se intenta el *culto* o servicio de Dios, es acto de religión. Son dos virtudes que se influyen mutuamente: la caridad *causa* la devoción, en cuanto que el amor nos hace prontos para servir al amigo; y, a su vez, la devoción aumenta el amor, porque la amistad se conserva y aumenta con los servicios prestados al amigo.[2]

Santo Tomás advierte que la devoción, como acto de religión que es, recae propiamente en Dios, no en sus criaturas. De donde la devoción a los santos —e incluso la misma devoción a María— no debe *terminar* en ellos mismos, sino en Dios a través de ellos. En los santos veneramos propiamente *lo que tienen de Dios,* o sea, a Dios en ellos.[3]

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios, que llama a los que quiere y enciende en sus almas el fuego de la devoción. Pero la causa intrínseca por parte nuestra es la meditación o

2. Cf. II-II 82,2.

3. «La devoción que tenemos a los santos de Dios... no tiene a ellos por fin, sino a Dios, es decir, que veneramos a Dios en los ministros o representantes de Dios» (II-II 82, 2 ad 3). Por donde se ve cuán equivocados andan los que vinculan su devoción no ya a un determinado santo como causa *final* de la misma —lo que sería ya un gran desorden—, sino a una determinada *imagen* de un santo o de la Virgen, fuera de la cual ya no tienen devoción al santo o a la misma Virgen. Estos tales no tienen la menor idea de lo que constituye la verdadera devoción.

contemplación de la divina bondad y de los beneficios divinos, juntamente con la consideración de nuestra miseria, que excluye la presunción y nos empuja a sometemos totalmente a Dios, de quien nos vendrá el auxilio y remedio. Su efecto más propio y principal es llenar al alma de espiritual alegría, aunque a veces accidentalmente puede causar tristeza según Dios, ya sea por no poseer plenamente a Dios o por la consideración de los propios defectos, que nos impiden la entrega total al mismo Dios.[4]

No hay que confundir el fervor o *prontitud de la voluntad* —en que consiste esencialmente la devoción— con el *sentimiento* de ese fervor, que son cosas completamente distintas.[5] El fervor o prontitud consiste primaria y principalmente en la enérgica determinación de la voluntad de permanecer fielmente consagrado al servicio de Dios, a pesar de las frecuentes y dolorosas sequedades, arideces y pruebas espirituales. Este fervor de la voluntad, llamado también *devoción substancial,* constituye, a la vez, el fundamento firme sobre el que descansa toda la práctica de la devoción y la causa de todo su mérito ante Dios. Sin él, la devoción puramente sensible no tiene consistencia ni utilidad verdadera. Con él, el alma permanece tranquila e inquebrantable en el servicio de Dios a través de todas las fluctuaciones de las impresiones sensibles. En medio de la árida desolación de las purificaciones pasivas y de la ausencia de

4. Cf. II-II 82, 3 y 4.
5. Cf. E. DUBLANCHY, *Dévotion:* DTC de VACANT-MANGENOT, col. 680-84.

toda consolación —como ocurre con frecuencia, sobre todo a las almas fuertes, que Dios purifica de una manera más intensa y rápida—, la devoción substancial continúa empujando y sosteniendo al alma en el servicio de Dios, como si estuviera nadando en un mar de consolaciones sensibles. Sin embargo, cuando Dios las da, no deben despreciarse estas consolaciones sensibles, pues constituyen un poderoso estímulo para la actividad espiritual en el servicio de Dios; a condición, empero, de no apegarse desordenadamente a ellas —buscando las consolaciones de Dios en vez de al Dios de las consolaciones— y de ir siempre acom pañadas de una humilde desconfianza de sí mismos y de la práctiva efectiva de todas las virtudes.

Este fervor de la devoción, en vez de ser un simple acto transitorio y pasajero, puede y debe convertirse en una disposición habitual, que exista e influya en la práctica de todos los actos del culto divino. Alimentada por una generosa y constante caridad y fortalecida por los dones del Espíritu Santo, particularmente los de piedad, entendimiento, ciencia y sabiduría, esta disposición habitual es ayudada todavía por una incesante práctica de los deberes del propio estado cumplidos fidelísimamente. Para ser perfecta, esta devoción habitual debe extenderse no solamente a los actos religiosos preceptuados por algún mandamiento divino o eclesiástico, sino incluso a todo aquello que aparezca claramente ante la propia conciencia como más agradable a Dios.

2. Relaciones con la perfección cristiana

Hay que distinguir entre la devoción *substancial,* la *accidental* y las *devociones particulares.*

a) *La devoción substancial,* que proviene de una caridad ferviente y constante, supone, sobre todo cuando es habitual, cierta perfección ya conseguida; porque esta caridad, fuertemente establecida en el alma y dispuesta a hacer pronta y constantemente lo que advierta ser más agradable a Dios, constituye la perfección misma.

Al mismo tiempo, la devoción substancial contribuye poderosamente al desarrollo cada vez mayor de la perfección, por el empleo constante y fervoroso de los más poderosos medios de santificación: la mortificación, la humildad y la contemplación. La devoción substancial, generosamente mantenida en las dolorosas pruebas de las purificaciones pasivas, tiene un valor y una eficacia particularmente intensas en orden a la santificación personal, a causa de las virtudes heroicas que supone y hace practicar.

b) *La devoción accidental,* considerada en sí misma, no supone necesariamente haber alcanzado ya la perfección. Dios se complace con frecuencia en dispensarla liberalmente a las almas principiantes, que no han sobrepasado aún la llamada vía purgatoria. Quiere, con ello, desprenderlas de las afecciones mundanas peligrosas y atraerlas definitivamente a su amor. No es menos verdadero, sin embargo, que la devoción sensible

puede ayudar eficazmente a conseguir la perfección. Para el alma imprudente que se complace o aficiona excesivamente a ella y descuida la mortificación y las virtudes sólidas, puede constituir un motivo de ruina o, al menos, de lamentable pérdida de tiempo. Pero, cuando la devoción sensible procede de una caridad ardiente y va acompañada de una humilde desconfianza de sí mismo, de una constante conformidad con la voluntad divina y de serios esfuerzos en la práctica de las virtudes sólidas, constituye una poderosa ayuda para la verdadera perfección. Esta eficacia es particularmente intensa en las inefables consolaciones que resultan de la contemplación mística, y que producen como efecto inmediato en el alma un grandísimo amor a Dios y al prójimo por Dios.

c) *Las devociones particulares,* públicas o privadas, pueden ser excelentes medios auxiliares de perfección, según su naturaleza y su importancia y según el espíritu con que se las practique. Esto se verifica principalmente en las devociones cuyo fin inmediato es enteramente espiritual y está íntimamente ligado con la caridad o las otras virtudes cristianas. Otra cosa hay que decir de aquellas otras devociones que se proponen, sobre todo, la obtención de favores puramente temporales. De suyo no tienen relación alguna con la perfección cristiana, pero pueden, no obstante, ser útiles, en cuanto que alivian miserias reales, conservan cierta práctica de la oración y facilitan el cumplimiento de algunos deberes religiosos. Pertenece a los sacerdotes y directores de almas ilustrar y dirigir a los fieles, con el fin de asegurar a las devociones

bendecidas o autorizadas por la Iglesia su plena eficacia espiritual y apartar los defectos o desviaciones que las desacreditan, a veces, a los ojos de los no católicos e incluso de cualquier persona sensata.

3. Medios principales para adquirir, conservar y desarrollar la devoción

No es necesario advertir que la gracia divina es la fuente primera de donde procede la verdadera devoción, como cualquier otro bien sobrenatural. Vamos a recordar tan sólo los medios que la producen directa o inmediatamente en nuestras almas.

Santo Tomás —como ya hemos indicado— los reduce todos a la contemplación de la divina bondad y a la consideración de la propia miseria. He aquí sus palabras:[6]

«En la devoción, la causa extrínseca y principal es Dios, quien, según las palabras de San Ambrosio comentando el Evangelio, «llama a los que le place y hace religioso a quien quiere; y, si tal hubiese sido su voluntad, hubiera hecho hombres devotos a los indiferentes samaritanos». Mas la causa intrínseca, por nuestra parte, tiene que ser la *meditación* o *contemplación.* Ya hemos dicho —en efecto— que la devoción es un acto de la voluntad por el que el hombre se entrega con presteza al servicio divino. Ahora bien, los actos de la voluntad proceden siempre de algún conocimiento o consideración previa, ya que el objeto de la voluntad es el *bien* percibido por la inteli-

gencia; por eso dice San Agustín que «la voluntad nace de la inteligencia». Hay que concluir, por tanto, que la meditación es la causa de la devoción, puesto que en ella decidimos nuestra entrega al servicio divino.

A ellos nos induce una doble consideración. Una es la bondad divina y sus beneficios, que expresa el salmista cuando dice: «Mi bien es estar apegado a Dios, tener en El mi esperanza» (Sal. 72, 28). Esta consideración excita el amor, causa próxima de la devoción. La otra está por parte del hombre, que, viendo sus defectos, se ve obligado a pedir fuerzas a Dios, conforme a lo del salmista: «Alcé mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro me vendrá de Dios, hacedor de cielos y tierra» (Sal. 120, 1-2). Con esta consideración alejamos la presunción, que, por confiar en las propias fuerzas, impide la entrega o sumisión a Dios».

En la respuesta a una objeción, añade el Doctro Angélico que la consideración de aquellas cosas que por su misma naturaleza excitan el amor de Dios, causa la devoción. Y, al contrario, todo aquello que distrae la mente hacia otras cosas extrañas al amor de Dios impide la devoción.[7] Por eso, para sacar toda su eficacia en orden a la devoción, es preciso que la meditación o contemplación vayan precedidas y acompañadas de la práctica del recogimiento interior y de la mortifi-

6. Cf. II-II 82,3.
7. Cf. II-II 82,3 ad 1.

cación o moderación constante de las pasiones aptas para distraer o atormentar el alma.[8]

8. Cf. II-II 180,2.

CAPÍTULO II

NATURALEZA DE LA DEVOCION A MARIA

Después de haber examinado brevemente el concepto de devoción en general, vamos a estudiar ahora más despacio la naturaleza de la devoción a María. Dividiremos el capítulo en los siguientes apartados:

1. El culto debido a la Virgen María.
2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María.
3. La falsa devoción a María.

La orientación y enfoque de este capítulo, sin dejar de ser teológico, mirará principalmente a la práctica, o sea al fomento de la piedad mariana.

1. El culto debido a la Virgen María

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, propiamente hablando —o sea en sentido estrictamente teológico, como acto de la virtud de la religión—, la devoción se refiere directamente a Dios y sólo indirectamente a los santos, por lo que tienen de Dios.

La Virgen María ocupa un lugar intermedio entre Dios y los santos, que da origen a un culto del todo propio y especial: muy inferior al de Dios, pero muy superior al de los santos.

1.° A Dios se le venera con culto de adoración o de *latría,* en virtud de su excelencia infinita.

Este culto de **latría** es de tal manera propio y exclusivo de Dios que, tributado a cualquier criatura, constituye —cuando se comete conscientemente— uno de los más graves pecados que se pueden cometer: la *idolatría.*[1]

2.° A los santos les corresponde el culto de *dulía* o de simple veneración (sin adoración), por lo que tienen de Dios. En este sentido no solamente es lícito invocarles y reverenciarles, sino que es muy útil y conveniente. La doctrina contraria está expresamente condenada por la Iglesia.[2] Las principales razones teológicas que justifican el culto y veneración de los santos son las siguientes:

a) La bondad divina, que ha querido asociarse a sus crituras (María, ángeles, santos del cielo y justos de la tierra) en la obtención y distribución de sus gracias.

b) La comunión de los santos, que nos incorpora a Cristo y, a través de El, hace circular sus gracias de unos miembros a otros de su Cuerpo místico.

c) La caridad perfectísima de los santos del cielo, que les mueve a interceder por nosotros, cuyas necesidades ven y conocen en el Verbo divino, sobre todo cuando les pedimos su ayuda e intercesión.[3]

3.° A la Virgen María, por su singular dignidad de Madre de Dios, se le debe el culto de *hi-*

1. Cf. II-II, 94,3.
2. Cf. D 984 ss. 342.679, etc.
3. Hay otras razones, que pueden verse en Santo Tomás: II-II 83,11 y *Suppl.* 72.

perdulía, o de veneración muy superior a la de los santos, pero muy inferior al culto de *latría,* que se debe exclusivamente a Dios. El culto de *hiperdulía* difiere específicamente, como es obvio, del culto de *latría.* A la Virgen se la *venera,* pero no se la *adora* como a Dios. Hay un abismo infinito entre ambas especies de culto.

Pero cabe preguntar: el culto de *hiperdulía,* ¿difiere solamente en *grado* o también en *especie del culto de dulía* debido a los santos? Hay que responder distinguiendo: difiere solamente en grado si se toma como *motivo* de ese culto su *santidad* eximía; porque aunque la santidad de María es incomparablemente superior a la de todos los santos juntos, está dentro de la misma línea de la *gracia santificante.* Pero difiere también específicamente si se toma como *motivo* su singular dignidad de *Madre de Dios,* porque esta dignidad la coloca en un orden aparte —el orden *hipostático relativo*— que está mil veces por encima y es específicamente distinto del orden de la gracia y de la gloria en el que se encuentran todos los santos.

De manera que al hablar de la *devoción a la Virgen* hay que entenderla siempre en el orden del culto de *hiperdulía,* que es el que le corresponde a Ella sola específicamente. En este sentido caén por su base todas las objeciones protestantes contra el culto de María que profesamos los católicos. Veneramos a la Virgen con una devoción tiernísima y filial —la que merece como Madre de Dios y de los hombres—, pero sin incurrir en ninguna idolatría. Sabemos distingir muy bien entre Dios y las criaturas, aunque entre éstas se encuentre la más grande y excelsa de todas, que es su Madre santísima. La fórmula ideal que resume y

condensa el pensamiento católico sobre la devoción mariana es ésta: *A Jesús por María.* O sea, María camino recto y seguro para llegar a Jesús, y Jesús único *Camino* para llegar al Padre (cf. Jn 14,6). María no solamente no aparta a nadie de Dios ni disminuye o amortigua el culto primordial que se debe al Redentor del mundo, sino que —como veremos ampliamente más abajo— es el camino más recto y expedito para ir a Jesús, *Hijo de María,* y por Jesús al Dios uno y trino, principio y fin de todas las cosas (cf. 1 Cor. 3,22-23; 15, 25-28).

2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María

Aunque a todo lo largo de la historia de la Iglesia se han escrito una cantidad ingente de libros sobre la devoción a María por parte de los Santos Padres, de los grandes teólogos y de los más celebredos maestros de la vida espiritual, acaso ninguno se pueda equiparar, por su contenido maravilloso dentro de su brevedad, a la hermosísima obrita de San Luis María Grignion de Montfort que lleva por título *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen.* Escrito por el santo hacia el año 1713, permaneció oculto y desconocido —como en el propio libro había

profetizado el mismo santo— hasta su descubrimiento en 1842. He aquí sus proféticas palabras:

«Claramente preveo que saldrán muchas fieras espantosas, las cuales, enfurecidas, intentarán destrozar con sus dientes diabólicos este humilde escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo; o que, cuando menos, *pretenderán encerrar este librito en las tinieblas y en el silencio de un cofre,* a fin de que no aparezca; y hasta atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que lo lean y lo pongan en práctica. Pero ¡no importa! ¡Mejor todavía! Este presentimiento me alienta y me hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de valientes y animosos soldados de Jesús y de María de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al diablo y a la naturaleza corrompida, *en los tiempos de peligro que vendrán como jamás los hemos vistos*» (n. 114).

El libro manuscrito permaneció, en efecto, oculto hasta 1842, en que fue hallado en un cofre de libros viejos por un padre de la Compañía de María, fundada por el mismo santo. Se publicó por primera vez en 1843, y desde entonces acá se cuentan por centenares las ediciones en los principales idiomas del mundo.[4] El eminente mariólogo Roschini, director de la revista internacional de mariología *Marianum,* escribía en julio de 1940:

«Si se abriera un "referéndum" internacional sobre cuál es el libro más hermoso sobre la San-

4. Más de 250 se describen concretamente en la edición de las *Obras* del Santo publicada por la BAC (Madrid. 1954). pp. 879-95, y la lista es, sin duda alguna, muy imcompleta.

tísima Virgen, estoy seguro que la mayor parte de las respuestas darían la preferencia a este librito, que, traducido en muchas lenguas, cuenta muchas ediciones y numerosos y grandes admiradores. Es libro verdaderamente clásico y, en pequeño, una verdadera Suma de teología mariana, en la que el santo autor, con verdadera originalidad, nos hace comprender con vigorosa elocuencia, alimentada por sólida ciencia teológica, no sólo cuál es la *verdadera* devoción, sino también cuál es la *perfecta* devoción a la Santísima Virgen, y enseña con mucha finura la práctica de ella hasta en sus mínimos pormenores... Repetimos que éste es un libro sobre todo elogio, destinado a ser el manual de todo verdadero servidor de la Santísima Virgen.»

Siguiendo el espíritu de este sublime *Tratado* de San Luis María Grignion de Montfort, e incluso recogiendo, resumiendo o ampliando, según los casos, su misma letra, vamos a establecer los siguientes principios fundamentales que han de informar toda verdadera y auténtica devoción a la excelsa Madre de Dios.

1.° Jesucristo ha de ser el fin último de la verdadera devoción a María

A nadie debe extrañar que sentemos este principio en primerísimo lugar. Dos razones obligan a ello:

a) Una de orden filosófico: La causa *final* mueve a todas las demás. Nadie se mueve sino

en orden a un fin que intenta conseguir. Por eso, aunque el fin sea lo último en la consecución, ha de ser lo primero en la intención.

b) Otra de orden teológico: María no es el fin de la vida cristiana. Objetivamente lo es el mismo Cristo. O si preferimos decirlo con relación a nosotros, el fin es nuestra plena configuración con Jesucristo para gloria de Dios (cf. Ef. 1, 3-12). Luego la verdadera devoción a María ha de tener por fin al mismo Cristo, según la fórmula clásica, tan profunda y simplificadora: *A Jesús por María.*

Escuchemos a San Luis María exponiendo admirablemente este principio fundamental:[5]

«El fin último de todas nuestras demás devociones no debe ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre; de lo contrario, estas devociones serían falsas e ilusorias. Jesucristo es el *alfa* y la *omega,* el principio y fin de todas las cosas. Nosotros no trabajamos, como dice el Apóstol, más que para hacer a todos los hombres perfectos en Jesucristo, porque sólo en El habitan toda la plenitud de la divinidad y todas las demás plenitudes de gracias, de virtudes y de perfecciones; porque sólo en El hemos sido bendecidos con toda suerte de bendición espiritual; porque El es nuestro único

5. Cf. *Tratado de la verdadera devoción* c. 2 a. 1 n. 61-62 (ed. BAC pp. 473-75). Advertimos de una vez para siempre que todas nuestras citas de San Luis María Grignion de Montfort las tomamos de la edición de sus *Obras* publicada por la BAC (Madrid, 1954) y que el *Tratado de la verdadera devoción* lo citaremos con la abreviatura *Ver. dev.*

Maestro, que ha de enseñarnos; nuestro único Señor, de quien debemos depender; nuestra única Cabeza, a quien debemos estar unidos; nuestro único Modelo, al que debemos conformarnos; nuestro único Médico, que ha de curarnos; nuestro único Pastor, que nos ha de alimentar; nuestro único camino, que ha de conducirnos; nuestra única Verdad, que debemos creer; nuestra única Vida, que nos ha de vivificar, y nuestro único Todo, que en todas las cosas nos debe bastar. Debajo del cielo, ningún otro nombre se nos ha dado para que por él seamos salvos, más que el nombre de Jesús. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo. Todo edificio que no descanse sobre esta piedra firme está fundado sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no esté unido a El como un sarmiento lo está a la cepa de la vid, caerá, se secará y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de El sólo hay extravío, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación. Pero, si permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, no tendremos que temer condenación alguna: ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno, ni otra criatura alguna nos dañará, pues no nos puede separar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. Por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo podemos todas las cosas: tributar todo honor y gloria al Padre en unidad del Espíritu Santo, hacernos perfectos y ser a nuestro prójimo buen olor de vida eterna.

Si nosotros, pues, establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen, sólo es para establecer más perfectamente la de Jesucristo y para ofrecer un medio fácil y seguro de hallarlo. Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo. Mas tan lejos está esto de ser así, que, muy al contrario, según he demostrado ya y mostraré también más adelante, si esta devoción nos es necesaria, es porque sólo por ella podemos hallar perfectamente a Jesucristo, para amarle con ternura y para servirle con fidelidad».

Sentado este principio fundamental, San Luis María se hace cargo inmediatamente de las objeciones que contra el culto de María lanzaban los jansenistas de su tiempo, bajo el pretexto de que ese culto y devoción empaña u oscurece el que se debe a Jesucristo, único Mediador. San Luis María se lamenta de esta tremenda aberración en unos párrafos sublimes, *que tienen hoy palpitante actualidad,* aunque por motivos distintos de los de su época. He aquí sus palabras:[6]

«A vos me dirijo en estos momentos, amable Jesús mío, para lamentarme amorosamente ante vuestra Majestad de la que la mayor parte de los cristianos, aún los más instruidos, no conocen el enlace necesario que existe entre Vos y vuestra santísima Madre. Vos, Señor, estáis siempre con María, y María con Vos, y no puede estar sin Vos; pues, de lo contrario, dejaría de ser lo que es. Ella está de tal manera transformada en Vos por la gracia, que ni vive ni es nada en realidad, sino

Cf. Ver. dev. n. 63-65, pp. 475-77.

que Vos, Jesús mío, sois quien vive y reina en Ella más perfectamente que en todos los ángeles y bienaventurados. ¡Ah!, si se conocieran la gloria y el amor que Vos recibís en esta criatura admirable, se tendrían hacia Vos y hacia Ella muy distintos sentimientos de los que al presente se abrigan. Tan íntimamente unida esta Ella a Vos, que antes se separaría la luz del sol y el calor del fuego; digo más, antes se separarían de Vos a todos los ángeles y santos que a la divina María; porque Ella os ama más ardientemente y os glorifica más perfectamente que todas las demás criaturas juntas.

Según esto, amable Maestro mío, ¿no es cosa que causa admiración y lástima ver la ignorancia y las tinieblas que embargan a los hombres de este mundo con respecto a vuestra santísima Madre? Y ahora no hablo de tantos idólatras y paganos que, al no conoceros a Vos, no se cuidan de conocerla a Ella... Hablo de los *cristianos católicos y aun de algunos doctores entre los católicos* que, haciendo profesión de enseñar a otros la verdad, no os conocen a Vos ni a vuestra santísima Madre más que de una manera especulativa, seca, estéril e indiferente. Estos a quienes aludo no hablan sino rara vez de vuestra santísima Madre y de la devoción que se le debe profesar, porque temen, dicen ellos que se abuse de esta devoción; que honrando mucho a vuestra santísima Madre, se infiera injuria a Vos. Si ven u oyen a algún devoto de María hablar con frecuencia de la devoción a esta Madre bondadosa de una manera tierna, intensa y persuasiva, como de un

medio seguro sin ilusión, de un camino corto sin peligro, de una senda inmaculada sin imperfección y de un secreto maravilloso para hallaros y amaros perfectamente, claman contra él y le arguyen con mil razones falsas, para probarle que no es conveniente que se hable tanto de la Santísima Virgen, que hay grandes abusos en esta devoción y que es necesario trabajar con empeño para destruirlos y hablar de Vos antes que llevar a los pueblos hacia la devoción de María, a quien ya aman bastante.

A veces se les oye hablar de la devoción a vuestra santísima Madre, pero no es para establecerla ni inculcarla, sino para destruir los abusos que de ella se cometen, en tanto que carecen de piedad y devoción tierna para con Vos, porque no la tienen para con María, pues consideran el Rosario entero, el Escapulario o la tercera parte del Rosario como devociones de mujercillas, propias de ignorantes, sin las cuales puede uno salvarse; y si tropiezan con algún devoto de María que reza la tercera parte del Rosario o practica alguna otra devoción en su honor, trabajan por cambiar su espíritu y su corazón, y, en lugar del Rosario, le aconsejan que diga los siete salmos, y, en vez de la devoción a la Santísima Virgen, le inculcan la devoción a Jesucristo.

¿Tienen estos tales, amables Jesús mío, vuestro espíritu? ¿Os agradan obrando de esta manera? ¿Os complace quien no se esfuerza por obsequiar a vuestra Madre por miedo de disgustaros a Vos? La devoción a vuestra santísima Madre, ¿es obstáculo para la vuestra? ¿Acaso Ella se atribuye

el honor que se le tributa? ¿Acaso forma bando aparte? ¿Es por ventura una extraña que no tiene con Vos ninguna relación? ¿Os desagrada a Vos quien a Ella desea agradar? ¿Es separarse o alejarse de vuestro amor el entregarse a Ella y amarla?

Sin embargo, de esto, amable Maestro mío, la mayor parte de los sabios, en castigo de su orgullo, no se alejarían más de la devoción a vuestra santísima Madre ni mostrarían más indiferencia para con Ella si fuera verdad todo lo que acabo de decir. Guardadme, Señor, guardadme de sus sentimientos y de sus prácticas, y comunicadme alguna parte de los sentimientos de reconocimiento, de estima, de respeto y de amor que Vos abrigáis hacia vuestra Madre santísima, a fin de que os ame y glorifiquen cuanto más os imite y más de cerca os siga.

Permitidme que, como si hasta aquí no hubiera aún hecho nada en honor de vuestra santísima Madre, la alabe ahora dignamente: *Fac me digne tuam Matrem collaudare,* a pesar de todos sus enemigos, que son los vuestros, y que yo les diga en alta voz con los santos: *No presuma obtener de Dios misericordia aquel que ofende a su santísima Madre*».

Nada se puede añadir a esta formidable y piadosísima argumentación de San Luis María. Podríamos corroborarla con una impresionante serie de textos del supremo Magisterio de la Iglesia en los que los Vicarios de Cristo en la tierra insisten de mil modos y maneras en estas mismas ideas del gran santo mariano. Los que, a pesar

de esta serie abrumadora de testimonios en favor de la devoción íntima y entrañable a María se empeñen en rebajarla o practiquen la táctica del silencio con relación a ella, pueden tener la seguridad absoluta de que están fuera del espíritu de Jesucristo y en manifiesta oposición al sentir oficial de su Iglesia. El concilio Vaticano II ha proclamado una vez más, inequívocamente, esta auténtica doctrina católica cuando dice en la constitución dogmática *Lumen gentium,* sobre la Iglesia (n. 60), que la devoción a María, *lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta.* Quien se atreva a decir lo contrario está manifiestamente fuera del espíritu del Vaticano II y, por consiguiente, fuera de Cristo y de la Iglesia.

Veamos ahora, en una nueva conclusión, cuáles deben ser las principales características de una auténtica y verdadera devoción a María.

2.° La verdadera devoción a María ha de incluir, a la vez, la veneración, el amor, la gratitud, la invocación y la imitación de sus excelsas virtudes

Todos esos actos —como vamos a ver— corresponden a los más fundamentales dogmas y títulos marianos expresamente proclamados por la Iglesia o recomendados por su Magisterio oficial. La devoción verdadera ha de brotar siempre como flor bellísima del árbol dogmático. Por eso debemos a María:

a) Singular veneración, porque es la Madre de Dios.

b) Amor intensísimo, porque es nuestra Madre amantísima.

c) Profunda gratitud, porque es nuestra Corredentora.

d) Confiada invocación, porque es la Dispensadora universal de todas las gracias.

e) Imitación perfecta, porque es Modelo sublime de todas las virtudes.

Vamos a examinar cuidadosamente cada uno de estos diferentes aspectos.[7]

a) **Singular veneración**

Ante todo debemos tributar a la Virgen María una singular *veneración* por su dignidad excelsa de Madre de Dios. Esta dignidad incomparable es el fundamento principal del culto de *hiperdulía,* que corresponde exclusivamente a María precisamente por ser la Madre de Dios. Este culto de *hiperdulía* —como ya vimos más arriba— es específicamente distinto y muy superior al de simple *dulía,* que se debe a los santos, aunque muy inferior al de *latría* o adoración, que se debe exclusivamente a Dios.

La veneración es uno de los más típicos actos de culto, porque expresa del modo más evidente el reconocimiento de la superioridad de la persona venerada.

7. CF. ROSCHINI, *La Madre de Dios según la fe y la teología* (Madrid, 1955), vol. 2, pp. 293 ss. Con frecuencia trasladamos textualmente sus propias palabras.

El Evangelio nos transmite algunos ecos de la singular veneración con que debemos honrar a María. El ángel de la anunciación la saluda con grandísima reverencia al pronunciar aquellas sublimes palabras: *Ave, llena de gracia, el Señor es contigo* (Lc. 1, 28). Y poco después Santa Isabel, madre del Bautista, completa el elogio con su *¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!* (Lc. 1, 42), considerándose indigna de que la visite *la Madre de mi Señor* (Lc. 1, 43). También el Evangelio nos habla de aquella mujer anónima del pueblo que exclamó entusiasmada dirigiéndose a Jesús: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron* (Lc. 11, 27). Era el primer cumplimiento de la profecía hecha por la misma Virgen en su sublime cántico del *Magnificat:* «Por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc. 1, 48).

Esta veneración ha de ser, ante todo, espiritual e interior; pero ha de tener también sus manifestaciones exteriores brotadas del corazón. A imitación de los santos hemos de venerar y honrar las imágenes de María —no haciendo recaer nuestra devoción sobre la imagen misma, sino sobre lo que ella representa, o sea la misma Virgen María tal como está en el cielo—; hemos de bendecir su nombre dulcísimo, propagar por todas partes y por todos los medios a nuestro alcance su culto y veneración. La Iglesia en su liturgia no duda en exclamar refiriéndose a María: *Omni laude dignissima:* es dignísima de toda alabanza, por su dignidad incomparable de Madre de Dios.

No olvidemos nunca, finalmente, lo que ya hemos demostrado más arriba, a saber: que, honrando a María, honramos a Cristo, su divino Hijo, y cumplimos con ello perfectamente la voluntad de Dios. San Bernardo invita a los fieles a venerar a María en los siguientes términos: «Con todo el corazón y con todos nuestros afectos y deseos veneremos a María, porque ésta es la voluntad de Aquel *que ha querido que todo lo tuviéramos por medio de María*».[8]

b) **Amor intensísimo**

María no solamente es Madre de Dios, sino también dulcísima Madre nuestra, como vimos en su lugar correspondiente. Y si su maternidad divina nos obliga a honrarla y reverenciarla más que a todos los santos juntos, su maternidad espiritual sobre nosotros nos impulsa a amarla con un amor intensísimo, como corresponde a un hijo tiernamente enamorado de su madre.

También el amor es un acto de culto. Se ama, en efecto, lo que es amable, es decir, lo que se presenta revestido de bondad y de belleza. El amor, por tanto, incluye un expreso reconocimiento de las excelencias que resplandecen y hacen amable una persona.

Este culto de amor, más que un acto constitutivo o elemento integrante del culto mariano, es, puede decirse, el alma del mismo, o sea el principio motor de todos los demás actos de culto. Cuanto más amemos a nuestra Madre del cielo,

8. Cf. SAN BERNARDO, *In Nat. B. M. V.* 7: ML 183, 441.

tanto más sincera e intensamente se manifestarán los actos de veneración, de gratitud, de invocación y de imitación de sus excelsas virtudes.

Este culto de amor a María tiene su fundamento en la Sagrada Escritura, que manda honrar al padre y a la madre (Ex. 20, 12), y fue practicado con ternura filial por el mismo Cristo en la casita de Nazaret (cf. Lc. 2, 51). Pero el precepto de amar a María está escrito, además, en el corazón de todos los cristianos: «Abrid el corazón de los cristianos —decía bellísimamente el P. Faber— y encontraréis escrito el nombre de María».

Uno de los más fervientes devotos de María, San Antonio María Claret, escribió las siguientes palabras:[9]

«¿Quisiera tener todas las vidas de los santos y santas del cielo para amar a la Santísima Virgen con aquel amor perfectísimo y ardentísimo con que ellos la aman en la actualidad. Deseo con todo mi corazón que todos los reinos, provincias, ciudades y pueblos, con los hombres, mujeres, niños y niñas que están en ellos, conozcan, amén, sirvan y alaben a María Santísima con el fervor con que lo hacen los bienaventurados en el cielo. Deseo morir y derramar toda mi sangre por el amor y reverencia de la Madre de Dios; deseo que Jesús me conceda la gracia y la fuerza necesaria para que todos mis miembros sean atormentados y cortados unos tras otros por amor y reverencia, de María, Madre de Dios y Madre mía.»

Y el gran obispo norteamericano monseñor

9. CF. SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *La Inmaculada* (ed. Milán Ancora, 1943), p. 16.

Fulton Sheen escribe, no sin cierta ironía, contra los que tachan de exagerado el amor de los católicos a María:[10]

«Si la única acusación que nuestro Señor me hiciera el día del juicio fuese que había amado demasiado a su Madre, me sentiría entonces completamente feliz.»

Aquí sí que es cuestión de repetir sin miedo aquello de que *De María numquam satis:* nunca será excesivo el amor que profesemos a María, y nada podemos hacer que sea más grato a nuestro Señor que amar con inmensa ternura filial a Aquella que El mismo veneró y amó como a su Madre queridísima.

c) **Profunda gratitud**

La gratitud, como explica Santo Tomás, es la virtud que nos impulsa a dar lo que les es debido a nuestros bienhechores. Tiene tres grados: *reconocer* el beneficio con el pensamiento, *agradecerlo* con las palabras y *devolverlo* con las obras. El ingrato merece ser castigado con no recibir nuevos beneficios. Al bienhechor, en cuanto tal, se le debe honor y respeto, porque tiene razón de principio.[11]

Ahora bien, es un hecho que, después de Dios Creador y de Cristo Redentor, es María la más grande bienhechora de todo el género humano, sobre todo por su cualidad de Corredentora al pie

10. Cf. FULTON SHEEN, *La Madonna, p. 35. Cit. por* ROSCHINI, o. c., p. 327.
11. II-II 106, 1-4; 107, 1-4.

de la cruz de su Hijo. Luego a nadie, después de Dios y de Cristo, debemos un tributo de gratitud tan grande como a aquella que, a fuerza de dolores inefables, nos abrió con su divino Hijo crucificado las puertas del cielo, cerradas por el pecado.

En la Sagrada Escritura se nos inculca continuamente el deber de la gratitud por los beneficios recibidos de Dios. San Pablo les dice a los tesalonicenses: «Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús respecto de nosotros» (1 Tes. 5, 18). Y a los colosenses: «¡Sed agradecidos!» (Col. 3, 15). Y Jesús se lamentó de la ingratitud de nueve de los diez leprosos a quienes curó de su terrible enfermedad (cf. Lc. 17, 17-18).

Efectivamente, el deber de la gratitud es uno de los más descuidados. Continuando la proporción evangélica, quizá más de las nueve décimas partes de la humanidad viven olvidadas de los beneficios de Dios y de María. Por eso es de gran utilidad recordar con frecuencia este gran deber hacia Dios, hacia Cristo y hacia la Virgen María, nuestros más grandes bienhechores.

San Anselmo exalta con vigorosos acentos esta gratitud que debemos a nuestra sublime bienhechora, la Virgen María.[12]

«¿Qué diré? Se cansa la lengua porque la mente no lo alcanza. ¡Oh Señora! ¡Oh Señora mía! Todo mi interior se esfuerza en darte las gracias por tantos beneficios, y ni siquiera puedo imaginarlas dignas, y me avergüenza ofrecerlas indig-

12. Cf. San Anselmo, *Or.* 52: ML 158, 953-57.

nas. Así, pues, ¿qué es lo que podré decir dignamente a la Madre de mi Creador y mi Salvador, por cuya santidad se limpian mis pecados, por cuya integridad se me concede la incorruptibilidad, por cuya virginidad mi alma es amada y está desposada con su Dios? ¿Acaso podré ser ingrato con Aquella por quien me vinieron gratuitamente tantos beneficios?... Pero, ¿por qué digo tan sólo que de tus beneficios está lleno el mundo? Penetran hasta en los infiernos y suben más arriba de los cielos... ¡Oh María! !Cuánto te debemos a ti, Señora y Madre, por quien tenemos tal Hermano! ¿Qué gracias y qué alabanzas podremos dedicarte?...»

De acuerdo con los tres grados de gratitud que expone Santo Tomás, hemos de mostrar a María nuestra gratitud *interiormente,* es decir, con el pensamiento, reconociendo los grandes e incalculables beneficios que se nos han derivado de sus inmensos dolores, que debiéramos llevar siempre grabados en el corazón. Tenemos que mostrarla nuestra gratitud también *externamente con palabras,* alabándola y dándole incesantemente las gracias, ya que, por mucho que se lo manifestemos, siempre quedará por encima de toda alabanza. Y tenemos, en fin, que mostrarnos agradecidos *externamente con las obras,* devolviéndole por sus beneficios algún obsequio y por sus sacrificios algún sacrificio; y, sobre todo, ofreciéndole nuestro corazón, que es la cosa más valiosa que poseemos y la que Ella espera principalmente de nosotros.

d) **Confiada invocación**

A la Virgen María, como Dispensadora de todas las gracias divinas, se le debe un culto de filial e ilimitada confianza. Debemos recurrir a ella e invocarla en toda necesidad espiritual o material, completamente seguros de que seremos siempre bien acogidos, e incluso escuchados, si la gracia solicitada es necesaria o conveniente para nuestra salvación.

El santo Evangelio, a pesar de facilitarnos tan escasas noticias sobre María, nos proporciona un sólido fundamento para apoyar en él nuestra omnímoda confianza en su poder de intercesión. En las bodas de Caná, en efecto, Jesucristo hizo el primer milagro convirtiendo el agua en vino a petición de su Madre santísima (cf. Jn. 2, 1-11). En ese emocionante episodio demostró María que «su piedad no sólo socorre a quien la invoca, sino que muchas veces se adelanta a la invocación».[13]

Escuchemos a Roschini razonando teológicamente la confianza ilimitada con que debemos invocar a María:[14]

«Debemos invocar a María, porque es muy digna de toda nuestra confianza, la más digna después de Dios. Una persona se gana toda nuestra confianza cuando reúne estas tres condiciones:

1. Cuando *sabe,* es decir, cuando conoce bien, comprende bien todas nuestras necesidades.
2. Cuando *puede* concedernos su ayuda.

13. Cf. DANTE ALIGHIERI, *La divina comedia,* Paraíso, 33, 16-19: Obras, ed. BAC (Madrid, 1956), p. 645.
14. Cf. I. c. pp. 350-51.

3. Cuando *quiere* de hecho ayudarnos.

Esta persona es precisamente María. Ella *sabe,* Ella *puede,* Ella *quiere* ayudarnos. Ella *sabe* ayudarnos, porque *nos ve* a todos en Dios; Ella *puede* ayudarnos, porque es *omnipotente* ante Dios; Ella *quiere* ayudarnos, porque *nos ama* en Dios. Ella, en otros términos, tiene la visión de todas y cada una de nuestras necesidades en su *inteligencia,* la compasión en el *corazón* y el poder en las *manos.*

a) María Santísima, en primer lugar, *sabe* ayudarnos, porque *nos ve* en Dios. El acto con el cual María, a la luz de la gloria, ve a Dios, es muy semejante al acto con el cual Dios se ve a Sí mismo. Dios, con el mismo, único, simplicísimo acto, ve su propia Esencia, y en su Esencia, todo lo que ésta representa o en ella se refleja como en un espejo purísimo. Dios, pues, ve en Sí mismo todas las cosas posibles y existentes, y las ve como son en sí, con toda su particularidad y circunstancias. Ahora bien, todas las almas admitidas a la visión intuitiva de Dios, contemplan a la luz divina a Dios, uno y trino, y en Dios conocen todo aquello que se refleja en la Esencia infinita y que de cualquier manera les puede interesar. Este conocimiento, que está en razón directa del *lumen gloriae,* pertenece a la plenitud de su felicidad y de la gloria.[15] Así, una madre que haya dejado a sus hijos huérfanos en el mundo, los ve en Dios y ve sus circunstancias, sus necesidades, el estado de su alma...

15. Cf. SANTO TOMAS, *In IV Sent.* dist. 45 q. 3 a. 1; S. TH., II-II 83, 4 ad 2.

Si todos los bienaventurados poseen esta visión de las cosas y de las personas que tienen con ellos alguna relación, mucho más, incomparablemente más la ha de tener la Virgen, y además en un grado correspondiente a su beatitud y a su oficio de Corredentora y de Madre. Ella, por tanto, tiene que ver en Dios todo aquello que le interese; por eso la Virgen Santísima, con la misma mirada en que ve la Esencia divina, nos ve en Ella a nosotros, hijos suyos; nos ve a todos y a cada uno en particular, y nos ve como somos, con nuestras buenas cualidades, con *nuestros defectos, con nuestras necesidades,* con nuestras penas... Es una visión clara, directa, distinta, que, si no iguala la visión de Dios, supera incomparablemente la visión de todos los ángeles y de todos los santos. Y si la Virgen Santísima ve en Dios todas nuestras miserias, todas nuestras necesidades, no hay duda de que nos *sabe* ayudar, dándonos los remedios oportunos, dispensándonos las gracias convenientes...

b) María Santísima, por otra parte, *puede* ayudarnos, ella es *omnipotente* ante Dios. Todos los Padres y doctores de la Iglesia forman un coro impresionante para engrandecer el poder de María y para proclamar todo lo que Dios puede con su mandato, María Santísima lo puede con su plegaria. Jesús y María son los dos omnipotentes, aunque con distinta clase de omnipotencia. Jesús lo es por naturaleza, María por gracia; Jesús por esencia, María por participación; Jesús por derecho, porque es Dios; María por privilegio, porque es Madre de Dios. Ella, en efecto, no ha perdido

nada de aquella dulce autoridad que le reconocía su Hijo en los días de su vida mortal. «Su palabra, siempre respetada, da al recuerdo de sus dolores una fuerza misteriosa que hace vibrar en el Corazón de Cristo todas las fibras del amor filial y le inclinan a una generosidad sin medida...».[16] La Virgen Santísima *puede,* por tanto, socorrernos.

c) María Santísima *quiere,* en fin, ayudarnos porque *nos ama* en Dios. Nos ama porque somos miembros del Cuerpo místico de Jesús, su Hijo. Nos ama porque es nuestra Madre, y nos ama —dice San Pedro Damiano—, «con un amor que no puede ser superado por ningún amor creado, ni destruido o impedido por ninguna de nuestras miserias o ingratitudes».[17] Ahora bien, si la Virgen nos ama tanto, es evidente que *quiere* ofrecernos su ayuda, porque amar es querer el bien de la persona amada. Es dignísima, por consiguiente, de que la invoquemos.

El *modo* como debemos invocar a María puede expresarse con dos palabras: *confianza ilimitada.* Debemos invocarla con *confianza,* porque —como ya hemos demostrado— reúne todas las condiciones para inspirarnos confianza. Y esta confianza ha de ser *ilimitada,* puesto que son ilimitados su poder y su bondad para cuidar de nosotros—.

e) **Imitación perfecta**

A la Virgen María, finalmente, se la debe un

16. MONSABRE, *Conf.* 50.
17. Cf. SAN PEDRO DAMIANO, *Serm. de Nativ. B. M. V.*

culto singular de *imitación* por ser modelo y ejemplar acabadísimo de todas las virtudes. Esta imitación consiste en reproducir en nuestra vida, con la mayor fidelidad que podamos, la vida de María: su modo de *pensar*, de *hablar* y de *obrar*. La imitación de una persona es ya un verdadero culto hacia ella, porque tomándola como modelo se viene a reconocer su excelencia y superioridad moral y nuestra sumisión a ella. Y esto es suficiente para salvar la noción de culto.

San Pablo, dirigiéndose a los primeros cristianos, a quienes había «engendrado en Cristo» con su predicación (cf. 1 Cor. 4, 15; Gál. 4, 19), les decía con ternura paternal: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11, 1). ¡Con cuánta mayor razón puede María volverse a sus hijos, a quienes engendró verdaderamente con inefables dolores al pie de la cruz, para repetirles las mismas palabras de San Pablo! Ella es, en efecto, «el rostro que más se asemeja a Cristo» (Dante). Basta abrir el Evangelio para ver los luminosos ejemplos de virtud que nos dejó, comenzando por el generosos *fiat* del día de la anunciación.

La imitación de María tiene una nota que la hace particularmente grata y amable. Consiste en que María es un modelo sublime, ciertamente, pero también perfectamente asequible y al alcance de todos. Escuchemos al inmortal Pontífice León XIII exponiendo este punto interesantísimo:[18]

18. Cf. LEÓN XIII, enc. *Magnae Dei Matris* (8-9-1892): *Doc, Mar.* n. 395 (cf. el texto latino).

«La bondad y la providencia divina nos ha dado en María un modelo de todas las virtudes aptísimo para nosotros. Al contemplarla a Ella y sus virtudes nos quedamos como deslumbrados por el fulgor de la majestad divina, sino que, animados con la unidad de la común naturaleza humana, nos sentimos arrastrados más confiadamente a su imitación. Si nos entregamos por completo a esta obra, conseguiremos ciertamente, con su poderosa ayuda, reproducir en nosotros, al menos, ciertos rasgos de su excelsa virtud y perfección, e imitando sobre todo aquella su total y admirable conformidad con la voluntad divina, podremos seguirla, sin duda, por el camino del cielo».

Insistiendo en estas mismas ideas, escribía años después San Pío X:[19]

«Todo el que quiera —¿quién no debe quererlo?— que su devoción a la Virgen sea perfecta y digna de ella, debe ir más lejos y tender con todos sus esfuerzos a la imitación de sus ejemplos. Es, en efecto, una ley establecida por Dios que todos los que deseen gozar de la eterna felicidad deben reproducir en sí, por una fiel imitación, la forma de la paciencia y de la santidad de Cristo (cf. Rom. 8, 29). Pero nuestra debilidad es tan grande que la sublimidad de este ejemplo nos desaliento fácilmente. Por eso la divina Providencia nos ha propuesto otro ejemplar o modelo que, estando tan cerca de Cristo como es posible a la humana naturaleza, se adapte mejor a nuestra miseria y

19. Cf. SAN PÍO X, enc. *Ad diem illum* (2-2-1904): *Doc. mar.* n. 492.

pobreza. Y éste no es otro que la Virgen Madre de Dios.»

Sin embargo, aunque es verdad que el auténtico culto de la Virgen no se pude concebir sin un cierto propósito o deseo de imitarla, no debe concluirse que los pecadores que gimen bajo el peso de su miseria no pueden ni deben invocarla. Al contrario, son ellos los que más necesitan recurrir a María, para salir del triste estado en que se encuentran. María no sólo es modelo sublime de todas las virtudes, sino también Abogada y Refugio de pecadores. Por consiguiente, en vez de alejar a los pobres pecadores del culto de la Virgen —bajo el pretexto de que no imitan sus virtudes—, es necesario alentarles y empujarles hacia Ella. Como explica el Doctor Angélico, aunque el pecador, mientras permenezca desposeído de la gracia de Dios, no puede *merecer* nada delante de Dios, puede, no obstante, *impetrar* de la misericordia de Dios las gracias necesarias para su conversión y salvación, si las pide con piedad y perseverancia,[20] sobre todo si pone por intercesora ante la divina clemencia a la dulcísima Corredentora de la humanidad. En este sentido escribió San Bernardo su bellísima oración «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!...», que a tantos pobres pecadores ha salvado.

Estos son los principales actos o elementos constitutivos de la verdadera devoción a María: veneración, amor, gratitud, invocación e imitación. Veamos ahora las características principales

20. Cf. II-II 83, 16.